

DESDE LA RAÍZ

Por Valeria Papadópolos
5° año. Letras.

Meditábamos acerca del embrujo de la tierra donde habíamos nacido; del lento y pertinaz paso del tiempo; de la conjunción pampa y cielo. La expresión del amigo me revela su identificación mental con un espacio de tiempo, con la visión de un sueño retenido. Me apresté a revivir, a través de la evocación, el camino que nos devolvía aquel momento en que éramos apenas una ciudad que nacía, azotada por las luchas. En el aire de la mañana clara, tras la amplia ventana, nos pareció ver cruzar el perfil de la Patria, sonriendo a una extraña legión de espectros... con magníficos sables. Después, mirando el cielo otoñal, intensamente azul, el narrador tomó el hilo de los recuerdos:

– La primera experiencia directa con la vida circundante llegó con el despertar del alma infantil, como suma de conciencia, acto de sensibilidad ante un cuadro estremecedor y cautivante. Detrás del cerco resguardado de oscuros peligros, vi surgir y avanzar, brotados de la antigua tierra, extrañas formas envueltas por el polvo. Mis pies oían golpeteos, mugidos y relinchos. Decenas y decenas de guampudas vacas avanzaban en línea recta, envueltas en remolinos grises de sudor. Algún gesto de rebeldía animal controlado por perros diligentes o por el pechazo directo de los caballos, las compulsaba dentro de ese curso sonoro, movedizo, potente, acercándose a mi asombro. Pasaban a mi lado cuando abarqué, entre un revuelo de ponchos y guascas, erguidas sobre los caballos, figuras enigmáticas. Hombres curtidos por los vientos, oscuros como el sueño de una sombra. Sobre los rostros aindiados, envejecidos por el rudo oficio, la soledad antigua de la raza reflejaba una expresión de libertad absoluta. En esa marcha de su polvo entre el polvo la vida y la

muerte parecían no contar. Había conocido un símbolo de la tierra: el arriero. Después los aguardaba. Adivinaba su proximidad lúdica del espectáculo admirable. Los volví a ver pasar muchas veces, unas llevando las reses al Matadero, o a la feria, otras bifurcándose como extrañas tropillas azulejadas.

Descansamos un instante frenando los recuerdos, pero rápidamente la voz retorna la inflexión del canto. Cantar lo que perece, dice Rilke, «nos confiere el poder salvador a nosotros, los perecederos». A través de la voz aquello que ha pasado retorna, poder transformador, embellecido por la emoción, acrecentado por la realidad vivida intensamente:

– Conocí al indio Juan. Habitaba una tapera en la línea misma del barrizal. Siempre acompañado por perros, cuyo olfato le proveía de piches, mulitas, peludos y cuanto bicho salía por las noches de luna. Así subsistía. Llegaba a casa de tarde en tarde. Un día dejó de venir y perdimos su rumbo. No había espacio para él en el campo que se convertía lentamente en ciudad, donde llegaban sin cesar las esperanzadas corrientes inmigratorias. Seres sedientos, almas de golondrinas que soñaban con regresar.

Calla un instante, buscando el verde declive de la memoria. Su voz, grave y cálida, vuelve al canto oferente:

– Recuerdo especialmente una figura antigua. La cara cruzada por cicatrices daba la impresión de un roble moldeado a hachazos. Decía llamarse Tabaré, nada más. Contaba sus años a partir del momento en que había huido de la República Oriental, envuelta en discordias entre colorados y blancos. Se alistó en las filas de la Confederación. Después se unió a los contingentes que

avanzaban hacia el desierto. Abandonado, no conoció su origen. Ya en los entreveros de las campañas, su rostro aindiado y sus ojos azules le valieron un apodo: Tabaré. El nombre lírico del personaje creado por Juan Zorrilla de San Martín. Irremediablemente viejo, acudía, para subsistir, en busca de desechos al Mercado Municipal o al Matadero.

El viejo guerrero había vivido sin dejar descendencia largamente traspuesto su siglo. Herido de muerte, antes de fundirse en el pozo común, dejó su viejo sable de soldado anónimo, con empuñadura labrada en forma de entorchado y larga hoja levemente curva. Era su orgullo y su alto premio. Lo lucía siempre entre sus harapientas ropas y aseguraba que volvería a empuñarlo gustoso por esta tierra.

Hubo un tático silencio y tras una nueva pausa gira el hilo del recuerdo hacia aquel personaje que el Tiempo, con su rostro proteico, fue dejándolo caer en el olvido: el gaucho.

— Sus rasgos y atuendos me hacían recordar la mítica figura de aquellos legendarios llaneros, curtidos por el sol y las adversidades, y de cuyas hazañas han devenido un cantar de gesta; hombres que, según el anecdotario popular, «estaban hechos para el amor, el canto y la guerra». Era el hombre pobre del campo que llevaba intrínseca la idea de independencia individual, nacido de una amalgama de mujeres guaraníes o tapes, y españoles que, al decir de trovadores y poetas, «no nació para esclavo». Rústico, campechano, decidor, inteligente por naturaleza, y diestro en las faenas del campo, no tenía dobleces ni malicia, noble en el pensamiento y en la acción, vivaracho, alegre en las reuniones, pero reservado en todo lo que pueda afectar algo inherente a su honor o hidalguía. Un poco hosco frente a los extra-



ños, se mostraba enfundado en sus mantas, al cinturón la faca cortante, las botas de media caña casi hasta las rodillas, y el ala del sombrero sobre el tabique de la nariz.

Las noches solían ser largas y frías en los contornos. Al caer el sol, sobre las crepitantes llamas se asaba, muy lentamente, la pieza de carne. Entre tanto, bebían el humeante mate, de agradable sabor amargo, excelente infusión para ahuyentar el sueño y velar durante la madrugada. En algún momento, alguno tomaba la guitarra y comenzaba a pulsar sus cuerdas entonando una melancólica canción de amores imposibles. Como dejó escrito en un poema Jorge Luis

Borges «pastores

de la hacienda

brava, firmes

en el caballo

del desierto

que habían

domado

esa mañana

a

enlazadores,

marcadores,

troperos, ca-

pataces,

hombres

de la parti-

da policial, alguna vez matreros...».

Hoy queda de ellos, sobrevivientes nostálgicos de un mundo que los tiempos modernos, poco a poco, han comenzado a horadar en lo más recóndito de su esencia, pero han creado, en el fragor de la lucha por la existencia, el arquetipo de un héroe romántico que ha sobrevivido, prácticamente incólume, los vertiginosos días del siglo XX.

La voz del soñador calló. Ambos miramos el fruto de la luna. En la alta noche, su paso luminoso nos señaló el exacto lugar de aquella tierra, y de aquellos que pasaron, cenizas de la mar, almas de pájaro...

Convocados por la Historia y el recuerdo, la palabra con su poder encantatorio, condensando el conjuro de sus nombres nos dirá nuevamente: amigo, sable, indio, hermano, ¡HOMBRES!, o simplemente: corazón, tierra, pan, ¡MADRE!. Y estaremos TODOS.

